

# Carta a Huidobro —y otros poemas

Gonzalo Rojas

## POR VICENTE

**I**ncrédible que el poeta más joven que nos haya nacido —paradigma del espíritu nuevo entre nosotros— esté cumpliendo los cien años.

Ninguno más diáfano que él, más libre y seductor, para confirmar el *non omnis moriar* (no me moriré del todo) del viejo Horacio, ese otro hiperlúcido de hace dos milenios.

La efemérides no cuenta en el caso del portentoso innovador, recién ido Darío. En efecto, cuando este último vino a morir el dieciséis en su Nicaragua natal, el planeta empezaba a dar vueltas a una velocidad nunca soñada y los poetas mismos saltaron fuera de órbita, de un antes a un después. Justo ese 1916 Vicente Huidobro —en ese juego oscuro de pasarse la centella— publicó en Buenos Aires otras claves para su poesía de fundación:

Que el verso sea como una llave  
que abra mil puertas

en su primer viaje a París. No fue el único, por supuesto, en la germinación de nuestra verdadera autonomía poética. Ahí la Mistral, Vallejo, Neruda, para decir tres nombres: estallaban los volcanes.

Pero no se piense que este 1993 a medio alumbrar sea el año por excelencia de Vicente Huidobro —aunque se escriba de él un río de alabanzas— pues ya desde esas fechas de la primera guerra mundial todos los años son los años de Vicente Huidobro en nuestra lengua. Personalmente vivo en diálogo con su espejo por lo menos desde 1933 —cuando empecé a leerlo casi niño— unos cuatro años antes de conocerlo en persona en su departamento de la cuadra 23 de la Alameda en aquel Santiago plácido y remoto.

Una y otra vez, a lo largo de medio siglo, he reconocido mi filiación con el espíritu convulso y lúcido del binomio 1938-1939, con sacudón de parto hasta en el orden geológico, sin olvidar el impacto estremecedor de la guerra civil española entre nosotros que nos permitió ver de veras a la madre desde su rostro ensangrentado. Sin patetismo, y a favor del distanciamiento, se me aparece así ese 38 fantasmal, año crítico de su propia utopía, distante ya de aquel otro ciclo movido de 1920 cuando Chile empezó a ser más Chile y el epicentro de la mudanza en lo poético fue sin duda Huidobro, antipoeta y mago por derecho propio.

Pero la imantación huidobriana llegó a su plenitud en el proceso del '38 y casi todos los poetas jóvenes de esos días registramos su influjo, y fuimos literalmente atrapados por una relación dialéctica con su persona y con su obra. Por mi parte, me enganché con el proyecto parasurrealista de Mandrágora sin mayor fascinación por el experimento y por ahí entré a

la casa de Huidobro sin frecuentarla demasiado, remiso como soy a los círculos de adherentes ortodoxos. Tampoco lo fue nunca él y cuando me aparté del equipo mandragórico entendió como nadie la disidencia anarca. —Déjenlo, le dijo a uno de mis detractores, si cabe el término a propósito de mi intraexilio del '42 en la cordillera de Atacama. Gonzalo es un loco que necesita cumbre.

Pocos como él supieron del riesgo y el desamparo y —visto ahora desde aquí, desde este cierre del siglo— ninguno como él fue cumbre más airosa y sembró más libertad en nuestra cabeza de muchachos. Sin Huidobro no hubiera habido acaso ninguno de nosotros; ni un Anguita, ni un Lihn por nombrar a los invisibles de repente. □



## CARTA A HUIDOBRO

1. Poca confianza en el XXI, en todo caso algo pasará,  
 morirán otra vez los hombres, nacerá alguno  
 del que nadie sabe, otra física  
 en materia de soltura hará más próxima la imantación de la Tierra  
 de suerte que el ojo ganará en prodigio y el viaje mismo será vuelo  
 mental, no habrá estaciones, con sólo abrir  
 la llave del verano por ejemplo nos bañaremos  
 en el sol, las muchachas  
 perdurarán bellísimas esos nueve meses por obra y gracia  
 de las galaxias y otros nueve  
 por añadidura después del parto merced  
 al crecimiento de los alerces de antes del Mundo, así  
 las mareas estremecidas bailarán airosas otro  
 plazo, otro ritmo sanguíneo más fresco, lo que por contradanza hará  
 que el hombre entre en su *humus* de una vez y sea  
 más humilde, más  
 terrestre.
  
2. Ah, y otra cosa sin vaticinio, poco a poco envejecerán  
 las máquinas de la Realidad, no habrá drogas  
 ni películas miserables ni periódicos arcaicos ni  
 —disipación y estruendo— mercaderes del aplauso ignominioso, todo eso  
 envejecerá en la apuesta  
 de la creación, el ojo  
 volverá a ser ojo, el tacto  
 tacto, la nariz éter  
 de Eternidad en el descubrimiento incesante, el fornicio  
 nos hará libres, no  
 pensaremos en inglés como dijo Darío, leeremos  
 otra vez a los griegos, volverá a hablarse etrusco  
 en todas las playas del Mundo, a la altura de la cuarta  
 década se unirán los continentes  
 de modo que entrará en nosotros la Antártica con toda su fascinación  
 de mariposa de turquesa, siete trenes  
 pasarán bajo ella en múltiples direcciones a una velocidad desconocida.
  
3. Hasta donde alcanzamos a ver Jesucristo no vendrá  
 en la fecha, pájaros  
 de aluminio invisible reemplazarán a los aviones, ya al cierre  
 del XXI prevalecerá lo instantáneo, no seremos  
 testigos de la mudanza, dormiremos  
 progenitores en el polvo con nuestras madres  
 que nos hicieron mortales, desde allí  
 celebraremos el proyecto de durar, parar el sol,  
 ser —como los divinos— de repente.

### LA SEDENTARIA

En cuanto a la inmensidad de esta Mercedes que entre todos  
echamos  
a la Caja Grande, ni decir  
que el centímetro alcanzó justo para tamaña  
corpulencia, escasa  
de flexibilidad y sin embargo espléndida  
de especie, y además llameante  
con sus ciento veinte si atendemos a la música  
de un cerebro de mujer hecho de fósforo distinto  
—cuarzo y adivinación— para leer en las estrellas

de Chillán el Mundo. Dios  
la tenga, Arrau  
que sabe más que nosotros la convenza  
de que ese hueco es cosa de flacos  
para la resurrección. Piedrerío  
todo cuerpo es polvo y piedrerío.

*A Mercedes como era,  
gorda y portentosa.*

### FLORES PARA HUMBERTO

De cuantos ataúdes cayeron este noviembre el de Humberto  
fue el de más ronco diapasón, la maniobra  
duró un instante, hablaron  
bajo el toldo 4 o 5; —“Estamos  
dijo uno enterrando al último  
de los adivinos”; otro  
detrás de los gladiolos: —“Las personas no mueren  
quedan encantadas”. Adentro  
iba él intacto  
de tez en la armazón  
de nadie, leucemia  
y fulgor a los 85, en el estreno  
de ese féretro de vidrio bajo la asfixia  
de las rosas. Mal número  
para cerrar la función  
ficticia, mal  
arrullo de las palomas rasantes por encima  
de los mármoles, mal  
césped de verdor pintarrajeado  
para el comercio mortuorio, mal  
espectáculo efímero.

*Para H. Díaz-Casanueva*